

EL FANTASMA DISCREPANTE

Dos compañeros que en mi aprecio y mi amistad tienen situación privilegiada—Carrère y Casariego—dialogaron hace días conmigo acerca de fantasmas desde sus respectivos periódicos. He vacilado en volver a este tema. La inmensa mayoría de los lectores no oculta contra él una repugnancia que se basa principalmente en dos razones: la primera, que no los han visto nunca; la otra, que las noticias acerca de aparecidos no se comprueban jamás. Pero si nos atuviésemos a estas apreciaciones, no podríamos aludir en los diarios a las ballenas, ni tampoco publicar esos telegramas que, de tiempo en tiempo, afirman que un doctor, de tal o cual parte, ha descubierto el remedio contra el cáncer.

La casualidad vino a resolver mis dudas. Precisamente el fantasma que me visitó anoche... Pero permitan ustedes que antes de contarlo me encare con mis queridos amigos Carrère y Casariego para decirles que no se me ha ocurrido desdeñar sus espectros. No me parecen menos fantasmas los del uno porque acudan a los veladores y a las sesiones espiritistas de horas fijas. Comprendo que se trata de la influencia que el café y las oficinas dejaron en esas pobres almas. Tampoco desestimo los aparecidos de los dos truculentos relatos de Casariego, con romántico escenario astur. Ya sé que existe todo eso. Pero también aquello que yo conozco. Unos pueden hablar del león; otros, de la hormiga; otros, del colibrí. Y todo es fauna.

Al fantasma que me visitó anoche no lo recibí con agrado. Precisamente ando huyendo de uno de la última hornada que está detrás de mí con la pretensión de que se rectifique su esquila en la que se ha omitido la referencia a una condecoración que le otorgaron en 1934. Yo le digo:

—Preséntese usted al administrador del periódico.

—Es un escéptico—suspira.

—Pues... no sé qué aconsejarle.

—Comprenda usted que si no se hace constar en la esquila esa distinción, es como si me hubiesen estafado. En vida, no me sirvió para nada. Siempre he oído decir que es muy bueno tener esas cosas para adornar la papeleta de defunción, y llega la papeleta de defunción y no trae nada. ¡Vamos, hombre!

El caso es que reconozco que tiene razón, pero, ¿qué puedo hacer yo...? Se lo digo. El terquea:

—Usted, como periodista...

Y anoche, al insinuarse el nuevo espectro ante mi mesa de trabajo y comenzar: "Quiero transmitirle mi protesta...", creí que se trataba del condecorado y—la verdad—le interrumpí ásperamente:

—¡Otra vez!

La sombra pareció desconcertada.

—¿Cómo "otra vez"? Nunca he tenido el gusto...

Entonces vi que el aparecido llevaba la sábana con la soltura de un hombre habituado al manejo de aquellas abundosas capas de antaño, y que por la abertura se veía—bastante ajado—un traje a la moda española del siglo xvi.

—Usted perdone—rogué—; lo cierto es que estoy tan atareado...

—Atareado o no, tendrá que escucharme—ordenó evidentemente ofendido—. ¿Cree

usted que soy de esos espíritus que andan por ahí levantando veladores al menor pretexto? Pues, no, señor. Desde que morí ésta es mi primera presentación, y tampoco hubiese ocurrido si los hombres de hoy no me diesen motivos serios para ella.

—No creo que la gente se preocupe ahora mucho de fantasmas.

—No hablo de fantasmas, sino de mí, de lo que yo fui, y debo decirle que traigo la representación de otros muchos... Oigame usted. Desde que se inventó eso de la radio, los espacios etéreos resultan insufribles; están pegajosos de música, de anuncios, de conferencias... Si nosotros, los espíritus desencarnados, podemos captar los pensamientos que nos dedican los seres vivos, figúrese con cuán atormentadora facilidad oímos todo lo que las emisoras lanzan a los ámbitos siderales. El resultado es triste. Hay musiquillas que se adhieren a nuestra memoria y nos obsesionan días enteros, adquirimos conocimientos triviales, indignos de nuestra condición, por ejemplo: cuáles son las mejores fajas, dónde se venden las más baratas medias... La impresión que recibimos es la de que ustedes arrojan por la ventana del éter las barreduras de sus casas, que van a caer en la calle por la que paseamos nosotros. Habría que tener más cuidado.

—En verdad, resulta inevitable...

—Concretamente: ayer se trató de mí en una de esas estaciones. Escuché. Siempre resulta grato... Y he de reconocer que aquella biografía era exacta. Pero me hicieron hablar...

—¿Le hicieron hablar?

—Habló alguien por mí, como si fuese yo, ¿comprende? Y me puse furioso. Desde luego, aquella voz no se parecía nada a la que yo tuve; el lenguaje, tampoco; yo hablé el castellano del siglo dieciséis. Ahora converso con usted en el de esta época por evitar el ridículo, pero en aquel tiempo en que viví no podía hablar como se habla hoy; es evidente. Por añadidura, se me obliga a decir frases inútiles. El locutor afirma, por ejemplo: "Y Fulano marchó." Y acto continuo, la voz del que me representa dice: "¡Adiós, madre mía; me marchó; que haya salud!" Esto es inútil. O dice: "Les sorprendió una tempestad." Y salgo yo afirmando: "¡Caramba, cuánto viento!" Me parece pueril inventarme una voz para tales frases. Sin embargo, lo perdonaría; lo que me irrita—a mí y a otros muchos que están en igual caso—es que nos achaquen cierto don de adivinación relacionado con las lejanas consecuencias de lo que hemos hecho. No han pasado muchos días desde que pusieron estas palabras en boca de un compañero mío que figuró entre los que trajeron el tabaco a España: "Un día vendrá en que nuestros descendientes harán cola en los estancos." Lo cierto es que no sabíamos nada de esto y procedíamos un poco a ciegas. Cuando yo...

—Usted es...

—No lo diga. Todo lo que quiero es que publique un suelticillo que informe: "Nos ha visitado un fantasma, en nombre de otros muchos, para que hagamos constar que no son ellos los que hablan por tales y cuales radios." Y perdone.

—¡Oh, de nada!

W. FERNANDEZ FLOREZ

(De la Real Academia Española.)

LA MODERNA ARIADNA

DECIR *Damero maldito* es nombrar el dulce país de Fémina, suponiéndole un *hinterland* de proscripción, un aire de bíblico y desmelenado anatema. El adjetivo es aquí la tierra de nadie, el clima letífero sobre el vahó lacustre, el fuego fatuo, las ánimas en pena, el hado fatídico sobre un paisaje lunar e inexorable. Pero para sumergirnos en esta niebla de la adjetivación, que ya es un treno en sí, antes se pasó por el país de una absoluta sustantivación femenina. Esto quiere decir que de la mano de una dama, fuese ella Beatriz o Margarita, hemos bajado, sin más ni más, al infierno dantesco o goethiano. Que esto es, y no otra cosa, el *Damero Maldito*: la mano de una dama llevándonos hacia una atmósfera de misterio, rayando con sus sortijas el límite de su propio halo celestial.

En el *Damero Maldito*, Conchita Montes señala ese límite difuso del ruiseñor cuando le traspasa a la alondra los aljófares de la aurora. Julieta modernísima en su gran alcoba de celuloide, Conchita Montes, heroína de nuestras pantallas, siempre tendrá un aire de reina de Saba, dándole jaque al Salomón complicado de *Los Proverbios*. Con su aroma sutilísimo y oriental, he aquí un corazón desnudo, cálido y palpitante como un pájaro, núbil y alegre, perfumado de almizcle, viscera etiópica que fué el epicentro del amor en el melodioso cantar milenarió. La esfinge no es aquí de piedra, sino que tiene el buche cálido de una garza real, la sabiduría del ibis sagrado sobre el cielo del alto Nilo. El jeroglífico, pues, cambia su mensaje con las generaciones venideras. Juego de exactitud, en su pura y trascendente filosofía, de quien desprecia sus ocios al socaire de su propia alma inmóvil. La frontera del verso es aquí la sorpresa, ya que, burla burlando, apareció ante nosotros el endecasílabo noble, bien nacido, anticipándonos sus sílabas de la misma forma que la calcomanía, al ser restregada suavemente por nuestros dedos, nos va descubriendo sus incógnitos perfiles.

Es posible que los *dameristas* se imaginen a Conchita Montes proyectando la película de su juego en la pantalla, más apropiada para una sesión de *cine amateur* femenino, en el espejo de su tocador. Pero en las aguas muertas del espejo, cada cuadrícula del *Damero* sería un nenúfar, una hoja de loto sustentando la transparencia de su sonrisa subacuática, de su mirada de Ofelia melancólica. Y nos referimos a ese pequeño gran público de *cine-club*, para quien nuestra heroína ofrece en sus páginas un largo *travelling* de la literatura universal. Y así, a la manera de un gran ramo de flores silvestres, surge el *trayler* floral de sus preferencias: la violeta, y esa margarita acróstica que lleva el sí y el no amorosos en su tartamudeo bisílabo.

La *Codorniz*, pues, proyecta su tecnicolor en el largo metraje del *Damero Maldito*, que es el código de señales para los navegantes de la ociosa actividad inmóvil. Para esa curiosa tribu oriental de los coleccionistas de capicúas, que tienen un golfo de Ormuz en cada tranvía, donde ejercitan, ignorándolo ellos mismos, el maravilloso oficio del pescador de perlas... De esas capicúas que, para decirlo en el lenguaje de *La Codorniz*, diríamos que son perlas-codorniu...

ADRIANO DEL VALLE